

como por la sinceridad y el colorido, resultan en extremo útiles sus *Memorias*, cuya descripción rigurosamente precisa he podido comprobar á menudo sobre el terreno. Desgraciadamente, las anotaciones de Pons están desordenadas y confundidas, no obstante la clasificación intentada por su cachazudo compilador. Faltan todas las fechas, y, para fijarlas, es preciso recurrir á fuentes históricas tan distintas como el «Diario» del coronel Campbell, la «Correspondencia» imperial, el «Registro de ordenaciones» de la isla de Elba y el «Libro de cuentas» de Peyrusse, pues no hubo en la isla ningún diario oficial ni de empresa por cuyo medio pudieran sincronizarse los hechos (1).

\* \* \*

Al subir la escala de la fragata inglesa, por poco se desmayan de emoción los diputados elbenses. El coronel Campbell los presentó previamente al general Bertrand, que, pálido y triste, estaba sentado en el gran salón del buque. Un ayudante anunció al Emperador. «Instintivamente,—dice Pons,—nos apretamos unos contra otros. El Emperador se detuvo al entrar, como deseoso de observarnos, y al ver que nos íbamos á acercar á él, se acercó á nosotros. No parecía Temístocles desterrado de Atenas, ni tampoco Mario en Minturno. El Emperador se parecía únicamente á sí mismo. Llevaba el verde uniforme de los cazadores de la Guardia, con charreteras de coronel y la estrella de caballero de la Legión de Honor en el pecho. Era grave su continente, brillantes sus ojos y benévola su mirada. Se presentó con la cabeza descubierta y las manos á la espalda; pero al volverse un poco, vimos con sorpresa que tenía en la mano derecha un sombrero de marino. Tratamos de balbucir algunas palabras, y como el Emperador advir-

(1) Muchos compañeros del Emperador, de los que tomaban notas de cuando en cuando, estamparon fechas más ó menos aproximadas. Así hay cartas del mismo Napoleón de texto contradictorio. El Emperador dictaba lo que se le iba ocurriendo, y le servía de amanuense el primer familiar con quien topaba (PONS DE L'H., pág. 199). Hablaba muy de prisa, y en la imposibilidad de que el amanuense le siguiera, permitía que éste condensara el dictado con las sucesivas repeticiones y modificaciones. Este sistema no ofrecía allí graves inconvenientes, pues el Emperador podía fácilmente completar de palabra sus órdenes y celar su cumplimiento en aquel reino de 27 kilómetros de largo por 18 de ancho. No se trataba en modo alguno de la administración de un imperio.

tiese nuestra turbación, nos respondió bondadosamente, cual si hubiera entendido todo cuanto no habíamos acertado á decirle. Después habló de los recientes infortunios de Francia y de los suyos propios, é insistió en sus propósitos de dedicarse á la felicidad de los elbenses.» Se convino en que, al día siguiente, entraría el Emperador en la capital de su reino (1).

En tierra crecía la exaltación por momentos. Aquellos cerebros meridionales estaban en ebullición. En las calles de Porto-Ferrajo comentaba la gente con asombrados ojos el inconcebible acontecimiento y se preparaban á iluminar la ciudad con candelas. Desde el puente de la fragata vió el Emperador á prima noche cómo se encendía la población en alegres luminarias. En las esquinas se pegaron las alocuciones apresuradamente impresas, que decían: «¡Elbenses! Las vicisitudes humanas nos traen al emperador Napoleón. Vuestra futura felicidad es por ello segura. ¡Dad expansión al gozo que debe inundar vuestros ánimos! ¡Porfiemos en celo para recibir á nuestro augusto soberano! Esto satisfará dulcemente su paternal corazón (2).»

Aquella noche se reunieron en consejo las autoridades civiles, militares y religiosas para disponer el ceremonial de la entrada, y al efecto se despacharon propios á todos los municipios de la isla para que acudiesen en corporación con sus alcaldes y párrocos. Los franceses residentes en Elba eran los únicos que no participaban del común entusiasmo, pues anonadados por lo sucedido, temían comprometerse en falso. Algunos llevaban aún en el sombrero la escarapela blanca de cinco días antes, pero otros la guardaban en el bolsillo.

Al romper el alba, se agolpó la multitud en los muelles, llenó los terrados de las casas para ver al Emperador, y las barcas pescadoras, los botes del puerto, vistosamente engalanados, rodearon la inmóvil y majestuosa fragata á cuyo bordo venía el César. En algunas embarcaciones iban músicos populares que alegremente tañían guitarras, tamboriles y flautas; en otras, los paisanos prorrumpían en aclamaciones y enarbolaban las gorras en la punta de los remos. Durante toda la mañana no cesó el ir y venir de oficiales y funcionarios para recibir instrucciones del Emperador, quien, inspirándose en una

(1) PONS DE L'H., págs. 13 y 14.

(2) Proclamas del general Dalesme y del subprefecto.



estampa de los antiguos blasones de la isla, en tiempo de Cosme de Médicis, eligió una bandera de fondo blanco atravesado diagonalmente por una faja anaranjada, con tres abejas. Deseoso de estirar las piernas y para substraerse á las solicitudes de audiencia, desembarcó de incógnito en la parte opuesta del golfo (1) y al cabo de dos horas regresó á bordo para almorzar.

Al dar las doce, el castillo de la Estrella (2) disparó un cañonazo, al que respondieron los reductos. Izóse en la ciudadela el nuevo pabellón real y la fragata inglesa lo saludó con veintiún cañonazos. El Emperador se trasladó á la falúa almirante, mientras que la marinería de la fragata lanzaba tres hurrás desde las vergas y los elbenses prorumpían en frenéticas aclamaciones. La embarcación hendió las azules ondas, repicaron las campanas, sonaron las músicas y un coro entonó la estrofa:

*«Desterrado del cielo, Apolo  
Viene á morar en Tesalia (3).»*

El Emperador frunció el ceño al desembarcar. La realidad le sobrecogía. Aquella tierra, que por vez primera hollaba, le parecía lo que, en efecto, era: una cárcel. No se la figuraba así entrevista á lo lejos en la fantasmagoría de la distancia, ni siquiera tampoco desde el puente de la fragata, al ver á Porto-Ferraio bañado en refulgente luz y circuido de azuladas ondas. Pero, de cerca, era una de tantas poblaciones levantinas, sucia y pingosa, con olores nauseabundos y casas amontonadas, que desde hacía siglos rezumaban aguas fétidas. ¡Aquella iba á ser su capital! ¡Y aquellas gentes extranjeras, venidas de los pueblos montaneros, con cara de desolladores y ahullidos de salvaje, iban á ser sus vasallos! Los que junto á él estaban, advirtieron la sorpresa y repulsión que reflejó su semblante; pero, sobreponiéndose rápidamente, se adelantó sonriente hacia las autoridades que le aguardaban.

Salióle al encuentro el alcalde Traditi, y, después de saludarle profundamente, le presentó las llaves de la ciudad en una bandeja de

(1) PONS DE L'H., pág. 34.

(2) Está situado debajo del castillo del Halcón y domina la entrada del puerto de Porto-Ferraio.

(3) PONS DE L'H., pág. 38.

plata (1). Había preparado Traditi un discurso, que á mayor prevención llevaba escrito, pero no acertó á leer ni una palabra. Entonces el vicario general mandó que se adelantase el palio, con pajuelas de oropel y adornos de papelititos dorados, bajo el cual se puso el Emperador para encaminarse á la iglesia parroquial, cuya modesta campana repicaba á todo vuelo (2). El Emperador vestía como la víspera, casaca verde, pantalón blanco y zapatos con hebilla de oro (3). Ostentaba la estrella de la Legión de Honor y la insignia de la Corona de Hierro (4). El pueblo vió contento que el rey se había puesto la escarapela elbense en el sombrero que llevaba bajo el brazo. La comitiva era en extremo heterogénea: los generales Bertrand, Drouot y Dalesme; los dos comisarios extranjeros; el tesorero Peyrusse y el coronel Jerzmanowski; los dos proveedores de Palacio, el médico, farmacéutico y dos secretarios, que componían la casa del Emperador. Venía á continuación la plana mayor de la fragata inglesa y cerraba la marcha el elemento oficial de Porto-Ferraio. Las señoras de la clase media y de los empleados habían engalanado con mantos de seda ventanas y balcones, desde donde, ataviadas con todas sus galas, presenciaban la entrada del soberano. Además, las calles estaban alfombradas de ramaje.

La distancia entre la Puerta del Mar, en donde Napoleón había desembarcado, hasta la iglesia, hubiera podido recorrerse en tres minutos, pero era tan numeroso el gentío y tantas las apreturas, que la comitiva tenía que detenerse á cada paso (5). La milicia elbense se esforzaba en vano por mantener el orden, y la multitud rompía el cordón para llegar hasta la persona del Emperador, entre cuyas piernas

(1) La señora Traditi, nieta del entonces alcalde de Porto-Ferraio, conserva todavía estas llaves.

(2) DURAND, pág. 249; PONS DE L'H., págs. 39 y siguientes; WALDBOURG-TRUCHSESS, pág. 52.—Todavía es costumbre en Porto-Ferraio adornar las iglesias en los días festivos con guirnaldas de papel de color, entremezcladas de retazos de tela escarlata y pajuelas doradas.

(3) PEYRUSSE, pág. 234; MONIER, pág. 24.

(4) El 26 de Mayo de 1805 recibió Napoleón, en Milán, la Corona de Hierro de los antiguos reyes lombardos, al aceptar la monarquía hereditaria de Italia, que le ofreció la República cisalpina.

(5) «La Puerta del Mar se abre en una plaza cuadrilonga, que, por medio de dos calles habitadas por los comerciantes, comunica con la plaza de Armas, de forma cuadrada y muy vasta, en cuyos lados se alzan, frente por frente, la Casa del Ayuntamiento y la iglesia parroquial.» (PONS, pág. 37). La disposición sigue siendo la misma, con la única diferencia de que hay un jardín en la plaza de Armas.



culebreó más de un buscapié. Parecía resignarse Napoleón á este entusiasmo algo brutal y se alegraba en su corazón de que así ocurriese; pero el vicario general, celoso de la grandiosidad de la ceremonia, increpaba furiosamente y amenazaba con el puño á los que impedían el paso.

Por fin, llegó la comitiva á la iglesia, en cuyo centro estaba dispuesto un reclinatorio entapizado lo mejor posible. Dos improvisados gentilhombres, ignorantes de sus funciones, se mantuvieron á uno y otro lado del Emperador, imitándole en las actitudes, gestos y movimientos. Los clérigos no estaban tampoco muy acertados en el desempeño de sus funciones, pues vacilaban en las ceremonias, y el mismo vicario general, todavía acalorado por su pugilato callejero, se equivocó dos veces. Pudo desquitarse, sin embargo, dos días después, al publicar un ordenamiento en que decía que «la isla de Elba, ya famosa por sus productos naturales, se inmortalizaría en la historia de las naciones por haber recibido en su seno al Ungido del Señor. ¡Que los padres se lo repitan á sus hijos! ¡Multitudes! ¡Acudid de todas partes á contemplar á un héroe!» (1). Poco antes de entonar el *Te Deum*, el Emperador, arrodillado en el reclinatorio, oraba, ó por lo menos parecía orar. Sin duda debió pensar en el pasado, en los *Te Deum* de Nuestra Señora, acaso, y la ramplonería de la ceremonia presente, con su trágica antítesis, le sobrecogió el corazón al escuchar aquellos dos versículos del himno ambrosiano: «Os suplicamos, Señor, que favorezcáis á vuestros siervos;» y: «En vos, mi Dios, he puesto mi esperanza». El pueblo arrodillóse entonces espontáneamente y repitió á coro las frases con la frente inclinada sobre el suelo.

Terminada la ceremonia, dirigióse la comitiva á la Casa Municipal, en donde por de pronto debía alojarse el Emperador. El salón de sesiones estaba decorado con cuadros y candelabros, y sobre una grada remedaba el trono un sillón adornado, como el palio, de papeles de colores y retazos de paño escarlata. Una orquesta de tres violines y dos contrabajos tocaba aires nacionales. Napoleón dió audiencia á los franceses que quisieron ofrecerle sus respetos, á los magistrados y á los municipios de la isla. Después de los discursos de costumbre,

(1) Ordenamiento de José Felipe Arrighi, vicario general de la isla de Elba, bajo la autoridad del obispo de Ajaccio, 6 Mayo 1814.

el Emperador habló á los elbenses de su país, del nombramiento de alcalde de tal ó cual municipio y de su destitución á consecuencia de un informe administrativo, cuyos puntos principales expuso. Conocía las necesidades particulares de cada municipio, su número de habitantes y sus recursos. Sabía cuánto rentaba la explotación de la sal, cuántas barcas se dedicaban á la pesca del atún, y cómo y en qué época del año se efectuaba. Hablóles también de sus costumbres, de sus antiguos trajes, de los castaños y del caldo que de su fruto obtenían. Les recordaba la fecha de fundación de las poblaciones, cosa que ignoraba la mayor parte, con todas las fases de su historia, y dió pruebas de conocer mucho mejor que ellos la topografía de la isla, señalándoles con leve diferencia la altura de las montañas. Los elbenses le escuchaban con la boca abierta.

La explicación del misterio era muy sencilla. Desde Fontainebleau, había pedido el Emperador á París el legajo de notas oficiales referentes á la isla de Elba, y por ellas supo todo lo concerniente á la administración superior de la isla. En su biblioteca buscó libros y mapas á propósito para darle una idea de su futura residencia, y había encontrado el *Viaje á la isla de Elba*, histórico y descriptivo, de Arsenio Thiébaud, publicado en 1808, que, aparte de algunos errores arqueológicos, proporcionaba datos suficientes para repetirlos sin temor de engaño. Por último, acabó de informarse, respecto á los órdenes político y administrativo, por los documentos de la subprefectura, que antes del desembarco le llevaron á la fragata. A todos avasallaba con tan hábiles recursos, y mantenía de este modo su preocupación por los pormenores. El efecto fué, como de costumbre, infalible. Los elbenses se retiraron maravillados (1).

El día se prolongaba indefinidamente. Todos los circunstantes estaban rendidos y creían que también el Emperador se fatigaba, cuando pidió un caballo para recorrer la campiña.

Pero, á la sazón, se presentaron dos personajes desconocidos, con quienes se encerró Napoleón, y nadie pudo presumir de qué hablaron. Parecían dos agentes secretos que le traían noticias de María Luisa, ó de alguno de los partidarios que le permanecían fieles.

(1) PEYRUSSE, pág. 223; BEAUSSET: *Memorias*. París, 1827, tomo II, pág. 243; PONS DE L'H., págs. 42 y 61; CAMPBELL, pág. 207.